

## MADAMA DE SOUZA

Un amigo, que, después de haber conocido mucho el mundo, del que está completamente retirado, y que juzga ahora de lejos, casi desde la orilla de este rápido torbellino en que nos agitamos, me escribía recientemente á propósito de mis opiniones sobre las obras contemporáneas: « Todo lo que usted dice de nuestros *sublimes* me interesa mucho. ¡ Realmente, lo son! Lo que les falta es calma y frescura, algo como una pura y hermosa agua que refresque nuestros palacios recalentados. » Esta calidad de frescura y de delicadeza, esta limpidez en la emoción, esta sobriedad en la palabra, esos matices dulces y reposados, al desaparecer casi por completo en todos los órdenes de la vida actual y de todas las obras imaginativas que se producen, llegan á ser tanto más preciosos cuanto más hacia atrás hay que mirar para encontrarlos, y así las obras en las que hallamos sus últimos reflejos. No tendríamos razón si creyésemos que es debilidad y pérdida de ingenio el lamentar la desaparición de estas bellas cualidades, de estas flores que, según parece, no han podido nacer más que en la última estación de una sociedad hoy destruída. Las pinturas matizadas de que hablamos, suponen un gusto y una cultura de alma que la civilización democrática no podría abolir sin inconvenientes para ella misma, si un día renaciése de nuestras costumbres nuevas algo análogo. La sociedad moderna, cuando esté un poco más asentada y desembrollada, deberá tener también su calma, sus rincones de frescura y de misterio, sus abrigos propicios á los sentimientos perfeccionados, algunos bosques un poco antiguos, algunas fuentes ignoradas. Permitirá,

en su conjunto de apariencia uniforme, mil distinciones de pensamientos y muchas formas raras de existencia interior, sin lo cual estaría muy por bajo de la civilización precedente, y no satisfaría más que muy medianamente á toda una familia de almas.

En los momentos de marcha ó de instalación incoherente y confusa, como lo son tiempos presentes, es natural que se vaya á lo más importante, que nos ocupemos de lo más grande de la maniobra aun en la misma literatura, y aun que prevalezca la costumbre de golpear fuerte, de apuntar muy alto y de gritar con trompetas y con portavoz. Las gracias discretas vendrán á la larga, y con una fisonomía que será la apropiada para sus nuevas vecindades; quiero creerlo así; pero esperando lo mejor, seguramente que no será mañana cuando se formen sus sentimientos y su lenguaje. Entretanto, se nota la falta, y á veces se sufre por ella, y por eso se acoge uno en ciertas horas de fastidio á los perfumes del pasado. He aquí cómo la otra mañana volví á leer *Eugenio de Rothelin*, *Adela de Sénange* y por qué hablo hoy de ellos.

Una muchacha que sale por la primera vez del convento, donde pasó toda su infancia; un bello lord elegante y sentimental, de los que se encontraban, en 1780 en París, que la halla en una situación un poco embarazosa y que le aparece como su salvador; un viejo marido, sensible, bueno, paternal, nunca ridículo, que se casa con la muchacha solamente para librarla de una madre egoísta y asegurarle un porvenir; todos los acaecimientos, los más sencillos de cada día entre estos tres seres que, por un concurso natural de circunstancias, no deben separarse hasta la muerte del viejo; las escenas del parque, del jardín, los paseos por el agua, las charlas en derredor del fuego, la vuelta al convento y las visitas á las antiguas amigas; un palique inocente, variado, en el que hay relámpagos de pasión; el bienhechor que se une como para bendecir el progreso del amor; después, por miedo á demasiada uniformidad en los tonos dulces, la sociedad al fondo

y el perfil de las gentes, las ridiculeces y las intrigas indicadas; más de un original ó de un tonto dibujado de un solo trazo muy alegre y al pasar; la vida real, en una palabra reducida á un círculo escogido; una pasión creciente que se desborda como las aguas de Neully, bajo las cortinas de verdura y se desliza en deliciosas laxitudes; huracanes pasajeros, sin ráfagas fuertes, parecidos á las lluvias del mes de Abril; la más difícil situación honesta llevada hasta el fin, sin la menor alternativa, con una facilidad que no degenera nunca en abandono, con una nobleza sin exageración, con indulgencia para todo lo que no es indelicado; tales son los méritos principales de un libro en el que no hay una sola palabra que altere su armonía. Lo que corre por él y lo que le anima es el genio de Adela, genio amable, alegre, ágil, alado como un pájaro, caprichoso y natural, tímido y sensible, rojo de pudor, fiel, pasando de la risa á las lágrimas, lleno de calor y de niñerías.

Fué en la víspera de la Revolución, cuando fué compuesto este libro, en el año 93 en Londres; en medio de calamidades y de obstáculos el autor lo publicó. Esta Adela de Senange apareció con sus vestidos de fiesta, como una virgen de Verdún que escapase de la degollina, é ignorante de la suerte de sus compañeras.

Madama de Souza, entonces Madama de Flahaut, antes de casarse muy joven con el conde de Flahaut que tenía cincuenta y siete años, había sido educada en un convento de París. Sin duda ese es el convento que ha pintado en *Adela de Selange*. Había un hospital, anejo al convento y con algunas educandas; las que observaban mejor conducta, y como recompensa, iban á este hospital todos los lunes por la noche á servir á los pobres y á rezar con ellos la oración. Muy joven perdió á sus padres; los recuerdos del convento fueron sus recuerdos de familia; esta primera educación influyó, como veremos, en su manera de pensar. Casada, habitaba el Louvre, y concibió la idea de

escribir por el fastidio que le producían las discusiones políticas, cada vez más animadas á medida que se acercaba la Revolución. Era muy joven, según decía, para tomar parte con agrado en aquellos asuntos, y quería hacerse un *interior*. En la novela de *Emilia y Alfonso*, la duquesa de Candale, casada recientemente, escribió á su amiga Mlle. d'Astey : « Me he hecho un pequeño retiro en uno de los rincones de mi cuarto; he colocado una sola silla, mi piano, mi arpa, algunos libros, una mesa muy bonita, sobre la que tengo mis dibujos, y mi escritorio. Allí he trazado una especie de círculo ideal que me separa del resto de las habitaciones. Cuando alguien viene á verme salgo en seguida para evitar que entren en él; y si por casualidad avanzan hacia mi refugio, apenas puedo contener mi mal humor; querría que se fuesen. » Madama de Flahaut debió hacerse en su cuarto del Louvre, un retiro muy semejante al de Madama de Caudale; mucho más, cuanto que no se conoce que tuviese intimidación con nadie. Si se quería franquear su círculo ideal, si se le hablaba de política, contestaba que estaba muy intranquila porque M. de Sénange había sufrido un ataque de gota. En *Eugenia y Matilde*, en donde ha pintado los primeros acaecimientos de la Revolución, de los que fué víctima una familia noble, se puede atribuirle una parte de la sensación que produjeron estos sucesos cuando dice que se siente aburrida por esta Revolución cuando no desolada (1). *Adela de Sénange*, fué, pues escrita sin ningún apresto literario, con el sencillo objeto de un pasatiempo íntimo. Un día, sin embargo, el autor, cediendo á un impulso de confianza, que le hizo dejar franco su refugio ideal, propuso á un amigo la lectura de sus escritos delante de un número reducido de personas. Este ofrecimiento no fué muy apreciado;

(1) Se leen detalles bastante interesantes acerca de la vida de Madama de Flahaut en esta época, en la *Mémoire* del americano Gobernador de Morris que llegó á París en Febrero de 1789 y que muy pronto le fué presentado. (Ver el tomo I de la edición francesa páginas 236, 241, 269, 257, sin olvidar la 250.)

16730

pues aun cuando se le creía un ingenio muy agradable, se ignoraba que fuese un escritor. *Adela de Senange* no tuvo editores; pero también á *Pablo y Virginia*, como sabemos, le costó trabajo encontrar uno. La Revolución recorriendo rápidamente sus fases, Madama de Flahaut abandonó París, y luego Francia, el 2 de Septiembre, y M. de Flahaut fué prisionero y luego víctima. A fuerza de oro y de diamantes prodigados por la familia y sus amigos á uno de sus carceleros, logró evadirse y vivía en un escondrijo seguro. Mas alguien le dijo que su abogado había sido preso como sospechoso de darle asilo, y M. de Flahaut, para salvar al inocente, abandonó su escondite á las seis de la mañana y se presentó en la Comuna denunciándose. Pocos días después fué guillotinado. Muerto Robespierre, Madama de Flahaut se marchó á Inglaterra con su hijo, y luego fué á Suiza, esperando poder entrar en Francia; pero los obstáculos no habían desaparecido. Rodando siempre alrededor de esta Francia prohibida para ella, permaneció algún tiempo en Hamburgo, y en esta ciudad conoció á M. de Souza, con quien se casó en 1802. En este intervalo; publicó *Emilio y Alfonso*, en 1799, *Carlos y María*, en 1801.

*Carlos y María* es una bonita y emocionante novela un poco del gusto de Miss Burney. El paisaje de los parques elegantes, las costumbres, las ridículas ladies cazadoras ó sabias, la languidez sentimental y pura de los amantes componen un cuadro acabado que denota cómo la estancia en Inglaterra ha inspirado á su autor. Un crítico de mucho ingenio y competente en delicadezas, M. Patin, en un juicio que escribió sobre Madama de Souza (1), dice que prefiere la novela de *Carlos y María* á todas las demás. A mí me gusta; pero no participo de esa predilección. Hay, me atrevo á decirlo, como en las novelas de Miss Burney, demasiada confusión de tonos rojos, blandos hasta fundirse, pálidos y rubicundos. Madama de Souza dibuja de

(1) *Repertoire de Litterature*, y, además, en sus *Mélanges* (1840).

ordinario con más vigor, y su colores son más varios. En *Carlos y María* se encuentra esta frase ingeniosa, frecuentemente repetida : « Las faltas de que nos envanecemos se parecen á la fealdad engalanada : se las ve en todo su esplendor. »

Si el viaje á Inglaterra, el cielo y el campo de esta comarca echaron un tinte lechoso, vaporoso, sobre esta novela de *Carlos y María*, se encuentra en el de *Eugenio y Matilde*, que apareció en 1811, reflejos no menos sorprendentes de la naturaleza del Norte, de los prados de Holanda, de las radas del Báltico, en las que se prolongó el destierro de Madama de Flahaut. « El verde, en los climas del Norte, tiene un triste particular, y el color igual y suave poco á poco os proporciona reposo, y os calma... Este aspecto del campo no causa ninguna sorpresa, y deja al alma en el mismo estado en que la halló; cualidades que tienen encantos y mucho más si se es desgraciado. Sentadas en el campo, las dos hermanas se abandonaban á sus ensueños, se perdían en vagos pensamientos, y sin que hubiesen sido distraídas, volvían más en calma. » Un poco más allá, M. de Revel, para distraer á su familia, se complacía en hacerle admirar los ricos pastos del Holstein, los hermosos árboles que bordean el Báltico, este mar cuyas aguas pálidas no difieren en nada de las de los numerosos lagos que embellecen este país, y el césped siempre verde que se pierde bajo las olas. Estaban sorprendidos de esta fisonomía extraña que cada cual encuentra en la naturaleza en los climas lejanos de aquel en que nació. La riente perspectiva del lago de Ploen les facilitaba en cierto modo la respiración. No poseyendo nada, aprendieron, como el mendigo, á hacer una diversión del paseo y á gozar de los bienes acordados á todos. » Madama de Souza, de ordinario se detiene poco á describir la naturaleza, y si lo hace aquí con complacencia, es por un recuerdo profundo y consolador. La alegre Adela de Senange, que no conocía más que las avenidas de Neully y los poblados de su isla, hela aquí casi convertida en her-

mana de la soñadora Valeriana en los bordes del Báltico.

*Adela de Senange* en efecto, en el orden de las concepciones novelescas que han llegado á la realidad viva, es bien la hermana de Valeriana, como lo es también de Virginia, de Mademoiselle de Clermont, de la princesa de Clèves; como Eugenio de Rothelin es un noble hermano de Adolfo, de Eduardo, de Lepreu, del caballero de Grioux tan pecador y tan perdonado; dejó á un lado al gran René, en su soledad y en su predominio. ¡ Dichoso aquél que por su misma potencia, ó valiéndose de los medios que le rodean, y gracias al ideal, ó gracias á un recuerdo, haga la creación de un ser digno de la compañía de los que he nombrado, dichoso aquel que añadiese un hermano ó una hermana á esta familia menos admirada que querida; pues no moriría por completo !

*Eugenio de Rothelin*, publicado en 1808, parece á algunos buenos jueces la más exquisita obra de Madama de Souza y superior á *Adela de Senange*. Si fuese preciso emitir opinión y escoger entre producciones casi igualmente encantadoras, nos encontraríamos en situación muy embarazosa; pues si *Eugenio de Rothelin* nos presenta el talento de Madama de Souza en su ingeniosa perfección, *Adela* nos hace ver su manantial más puro y, por decirlo así, el surtidor que más alto sube. Sin embargo, como obra de arte perfecta, como poder de compositor, como creación por observación, como fantasía y como pintura, *Eugenio* es mejor prueba que *Adela*. Aplicando aquí lo que he tenido ocasión de decir en algún sitio acerca del autor de *Indiana* y de *Valentina*, cada alma un poco sensible que se atreviese á escribir sin artificios, tiene en ella misma materia para una bella novela. Con una situación fundamental, que es la nuestra, situación que se disfraza, que se difumina un poco con los accesorios, hay medio de interesarse en pintar como en las memorias confidenciales, y de interesarse con nuestra emoción á los otros. Lo difícil es reincidir

cuando se ha dicho la primera palabra, cuando se ha exhalado bajo una forma más ó menos traidora que perfuma al escaparse. En *Adela de Senange* la vida se divide en dos épocas, un convento donde ha sido educada en plena dicha durante varios años, y un matrimonio feliz, aunque desigual por la edad. En *Eugenio de Rothelin*, el autor no atiende tanto á su misma personalidad, ni tampoco es una pintura infantil en la que los trazos se escapan y se fijan en el lienzo sin un previo estudio. Hay, por el contrario, un contorno firme, más acabado, de un sujeto que no se asemeja al propio autor; la observación del mundo ocupa un buen lugar, sin que la nota de ternura falte, el afecto y la ironía se nivelan con medias tintas discretamente empleadas. La pasión ingenua, coqueta á veces, sin cesar atrayente, de Athénais y de Eugenio, se destaca sobre un fondo inquietante de misterio; aun cuando se aloja á lo largo de las terrazas del jardín ó en las galerías cubiertas de cristales, en una mañana de sol, se teme á M. de Rieux ausente, se entrevé la cara melancólica y severa del padre de Eugenio; y si entran en el salón, la ternura de los dos amantes se convierte en una guirnalda que rodea la butaca tan amable y á la vez tan temible de la vieja mariscala que chancea, sonríe y hace preguntas acerca de la dicha, teniendo en la mano un La Bruyère abierto.

Marie-Joseph Chenier, ha escrito acerca de Madama de Souza, con la elegante precisión que le caracteriza, algunas líneas de elogio, aplicables particularmente á *Eugenio*: « Estas bonitas novelas, — dice no presentan el desarrollo de las grandes pasiones; no se debe buscar en ellas un profundo estudio de la especie humana; pero se está seguro de encontrar en ellas, y en todas sus páginas, observaciones muy finas sobre la sociedad, cuadros verdaderos y muy acabados, un estilo adornado con medida, la corrección de un buen libro y la fluidez de una conversación florida..., el ingenio, que no dice nada vulgar, y el buen gusto, que no dice nada que esté de sobra. » Pero indepen-

dientemente de esta clase de alabanzas, que pertenecen á todos los maestros literarios, es preciso decir, de *Eugenio de Rothelin*, que en él está pintado el aspecto de un siglo, un aspecto brillante, casto, poético, que no se está habituado á encontrar. Bajo este aspecto, la bonita novela cesa de ser una obra individual y aislada para adoptar una significación superior ó, cuando menos más grande.

Madama de Souza es un espíritu, un talento apegado al siglo XVIII. Ha visto maravillosamente, y la amó, aquella sociedad en la que el tono, la costumbre, la educación, la vida en fin, estaban admirablemente distribuidas. No se busque la influencia que ejerció en ella Juan Jacobo ó cualquier otro célebre escritor, como podríamos hacer con Madama de Staël, Madama de Krudner, Madama Cottin ó de Montolieu, Madama de Flehaut era más del siglo XVIII que todas ellas y no se dejó llevar por el entusiasmo á regiones desconocidas. Se instruyó por la sociedad, por el mundo, y se ejercitó su vista y sus sentimientos en un horizonte trazado. Se había formado bajo la última mitad del reinado de Luis XIV, y bajo la influencia de Madama de Maintenón, una escuela de finura, de sabias contenciones, de prudencia decente, hasta en las pasiones de los jóvenes, de autoridad amable que poseía sin fracaso la vejez. Se era piadoso, se era mundano y se tenía ingenio; pero todo regulado y mitigado por las convenciones sociales. Se puede seguir las huellas de esta sociedad, desde Madama de Maintenón, Madama de Lambert, Madama de Deffand (cuando se hubo corregido), Madama de Caylus y las muchachas que interpretaban *Esther* en Saint-Cyr, hasta la mariscalca de Beauveau, que se supone parece es el original de la mariscalca de Estouteville en *Eugenio de Rothelin*, y hasta la marquesa de Créquy, que murió centenaria según nos cuentan, y cuyas Memorias temo que estén estropeadas por algún escritor (1). Madama de

(1) En un pasaje de bondad equívoca, el autor de estas memorias, á propósito de la exquisitez de la alta sociedad, dice que no se puede

Flahaut, que era joven cuando murió este siglo, conservó siempre una parte heredada de sus cualidades, pero siempre modificándolas y acomodándolas á la nueva Corte en que vivía.

Otros escritores han pintado el siglo XVIII en sus aspectos burlones y de revueltas, en sus desigualdades ó en sus desórdenes. Voltaire se ha burlado de él, Juan Jacobo le ha exaltado primero y le ha deprimido después; Diderot, en su *Correspondencia*, nos hace amarle como un conjunto de brillantez y de galantería, y Crébillon hijo nos presenta sus conversaciones alambicadas y sus costumbres licenciosas. El autor de *Eugenio de Rothelin* nos pinta este siglo como es, con sus exquisitas flores, con su brillo ideal y armonioso: *Eugenio de Rothelin* es la novela caballeresca del siglo XVIII, como *Tristán de Leonois*, ú otra novela del siglo XIII, era la caballeresca de entonces, lo que el pequeño *Jehan de Saintré* ó *Galaor* fueron en el XV; es decir, algo poético y ampuloso, pero de bello conjunto. Eugenio es el modelo que debía haber imitado todo hombre bien nacido de aquel tiempo, es un Grandisson sin insipidez y sin aburrimiento, y no llega á ser el retrato un poco solemne que la mariscalca le ha asignado, ni tampoco uno de los que traza Mademoiselle de Montpensier. Eugenio, en medio de esta sociedad llena de convencionalismos y de miramientos, tiene sus envidias y sus regocijos, sus locuras de un momento. Un día estuvo á punto de comprometer á su dulce amiga Athenais por su afán al juego. — « ¡ Cómo! ¡ Afligirme! — le decía, — y lo que es aun peor atreverse á perder la palabra. ¡ Eugenio tener un obcecamiento! ¡ No lo habría creído nunca! » Eugenio tiene á menudo obcecamientos y Athenais sus imprudencias, pero no por ellos son menos queridos. La

negar al autor de *Adela Sénange* un desconocimiento casi absoluto. Pero aun cuando los motivos sobre que se apoye para hacer esta afirmación me fuesen de una exageración visible, no me parecería más fundada, pues, según mi opinión, no se puede observar mejor una sociedad que cuando se forma parte de ella.

mariscalca maneja la acción moralizadora, y usa de ella con tacto y nunca sin razón; Athenais y Eugenio son el capricho y la poesía que apenas pueden permitir que se les regularice, pero que acaban por obedecer, no sin lograr una mirada cariñosa del maestro. En la última escena, en una de aquellas avenidas que se pierden de vista, cuando Madama d'Estouteville avanza apoyada en el brazo de Eugenio, creo ver en la pareja el resumen de toda la novela. Si alguna vez el autor supo unir la observación del moralista con la animación y la vida del pintor, si ha elevado la novela hasta el poema, en *Eugenio de Rothelin* lo consiguió plenamente. ¿Qué importa que el pintor á su noble héroe se haya propuesto hacer un modelo para las generaciones de entonces? Ha sabido sacar de un pasado reciente un tipo ni realizado ni previsto, un tipo que decora el recuerdo de aquellos tiempos. La aparición de *Eugenio* fué saludada con una cuarteta por Madama de Houdetot.

Después de *Eugenio de Rothelin*, réstanos por hablar todavía de dos novelas de Madama de Souza, más desarrolladas que sus dos obras maestras y que también son excelentes: *Eugenia y Matilde* y *La Condesa de Fargy*. El convento tiene un gran papel en estas dos composiciones, como lo tiene en *Adela de Sénange*. Hay, seguramente, en la vida y en la manera de pensar de Madama de Souza algo más importante que el haber leído á Juan Jacobo ó La Bruyère, el haber visto la Revolución francesa, el haber emigrado y sufrido y el haber asistido á la pompa del Imperio; este algo importante es el haber sido educada en un convento. Me atrevería á conjeturar que esto fué lo más importante en su vida y el fondo más inalterable de sus sueños. La moral y la religión de sus libros son exactas y puras, sin que vea el claustro por el lado de los ardores místicos, ni tampoco por la expiación de las Eloísas y de las La Vallières. La autora de *Lelia*, que también estuvo educada en un convento que le dejó una impresión profunda, ha expuesto de distinta

manera su tranquilidad ferviente. Pero he dicho que la autora de *La Condesa de Fargy* y *Eugenia y Matilde* pertenecen en un todo al siglo XVIII. El convento, para ella, fué alegre, simpático é inolvidable como Saint-Cyr; una jaula de palomas amigas, la curiosidad de una criatura inocente que desea volar. « La parte del jardín que pomposamente llamaban el bosque, no era más que un grupo de árboles situados delante de una casita, separada completamente del convento, aunque encerrada dentro de las tapias; pero es costumbre de las hermanas religiosas que se complacen en dar nombres pomposos á las cosas que poseen, pues acostumbradas á las privaciones, las menores propiedades les parecen considerables. » El convento de Blanca, el convento de Eugenia, en el momento de la dispersión de las comunidades por la Revolución, hay escenas elocuentes; y esta priora que aprovecha gozosa de la ausencia de Eugenia para gobernar la casa, aunque esto no fué más que un día, es una figura de una profunda observación.

*La Condesa de Fargy* se compone de dos partes, la parte de observación y de experiencia, en la que figuran Madama de Nançay y su viejo amigo. M. de Entrangué, y la historia sentimental del marqués de Fargy y su padre. Esta última me gusta menos, y en general, aparte de *Eugenio de Rothelin* y de *Adela de Sénange*, el aderezo sentimental es menos original que la observación y que las picantes charlas de todas las demás novelas de Madama de Souza. Esos tipos de guapos mozos melancólicos, como el marqués de Fargy, como el español Alfonso y como el polonés Ladislao de *Eugenia y Matilde*, caen en lo novelesco en tanto que el resto es la vida real retratada con una gran observación. Madama de Souza ha querido pintar con la unión del viejo M. de Entrangué y de Madama de Nançay, sus antiguas amistades, que subsistieron cincuenta años hasta la muerte. Como salían del convento para casarse en matrimonio de conveniencia, bien pronto el corazón demostraba sus deseos; se

formaban entonces los lazos de su elección, unos lazos únicos y duraderos. Esto ocurría allí donde las conveniencias sociales reinaban y donde dominaba el ideal del siglo XVIII, que en realidad no fué universalmente adoptado. El simpático M. de Entrauge siempre reñido por Madama de Nançay, siempre adulado por Blanca, y que sin querer, por casualidad favorece los proyectos de esta, es un personaje que se quiere y que hemos conocido, aunque ya no vemos casi ninguno semejante. Madama de Nançay ha vivido también, contrariada y buena, y que con un poco de buena maña se dejaba dominar sin darse cuenta: «Madama de Nançay entró en su casa dispuesta á reñir á todo el mundo; ella no ignoraba que era un poco susceptible, pues cada cual en su vida ha tenido ocasión de conocerse á sí mismo, ó, cuando menos, tiene una idea aproximada.»

*Eugenia y Matilde*, que ya hemos citado mucho, es, aparte de *Eugenio y Adela*, el más largo y el mejor sostenido de todos los libros de Madama de Souza. En él presenta la vida íntima de una familia noble durante los años de la Revolución. Eugenia, que se ha visto abandonada en el convento y que se convierte en el ángel tutelar de los suyos, atrae y fija en ella todas las miradas; su largo vestido negro, sus cabellos cubiertos con una gasa, su fisonomía tan dulce y su gran cruz de abadesa tan noblemente llevada. Hay un sentimiento muy bien adivinado cuando estando, en una de las avenidas del bosque lleva en brazos al pequeño Víctor, el hijo de su hermana. El chiquitín rodea con sus bracitos el cuello de su tía y acerca su carita á la de Eugenia para resguardarse del frío del otoño. Entonces la abadesa siente su corazón invadido por la ternura maternal y en este momento se encuentra dichosa. Lo que Eugenia ha sentido muy en el fondo de su alma, no se puede expresar con palabras y sólo la melodía puede traducirlo (1).

(1) El esbozo de inspiración candorosa que proponemos á cualquier compositor es éste. (Creo preferible para los lectores dejar esta poesía tal como la escribió Sainte-Beuve, pues, seguramente: perdería encanto al traducirla. (N. del T.).

## LA PROMENADE D'EUGENIE

EUGÉNIE PARLE

Dors, cher Enfant, je sens ta main légère  
A mon cou nu mollement s'attacher,  
Je sens ton front en mon sein se cacher;  
Dors, cher Enfant; je suis aussi ta mère!

Ta pauvre mère, hélas! est tout effroi  
Pour son Edmond que son amour rappelle;  
Se déroband, il est allé fidèle  
Mêler sa vie aux périls de son roi.

A mon cou nu pose ta main légère;  
Dors, cher Enfant; je suis aussi ta mère!

Tant de malheur peut-il fondre á plaisir,  
Quand le matin rit dans la vapeur blanche,  
Quand le rayon qui mourait sur la branche  
Est en passant si tiède á ressaisir?

A mon cou nu pose ta main légère;  
Dors, cher Enfant; je suis aussi ta mère!

Mais, dès qu'ainsi ton doux soin m'est rendu,  
D'ou vient, Enfant, que ta bouche innocente  
Soulève en moi le soupir, et qu'absente  
J'aïlle peut-être au rêver défendu?

Eveille-toi! je sens ta main légère  
A mon cou nu de trop près s'attacher,  
Ce front trop tiède en mon sein se cacher;  
Eveille-toi! je ne suis point ta mère!

Ton cœur fidèle a son signe et son vœu:  
Edmond l'honneur; Mathilde Edmond lui-même;  
Mais ces soupirs, tressaillement que j'aime,  
Sont-ils de moi, d'une vierge de Dieu?

De mon cou nu lève ta main légère;  
Eveille-toi! je ne suis point ta mère!

M'est-il permis le baiser de l'enfant,  
Ce vague oubli qu'en le berçant prolonge  
Ma solitude, et, la nuit, dans un songe  
L'enfant Jésus reparu plus souvent?

De mon cou nu lève ta main légère;  
Eveille-toi! je ne suis point ta mère!

Mais non, mon Dieu n'est pas un Dieu cruel;  
Par ce front pur, en cette claire allée,  
Tenterait-il sa servante exilée?  
Dieu des petits et de Ruth et Rachel!

Dors, cher Enfant; je sens ta main légère  
A mon cou nu de plus près s'attacher,  
Ton frais baiser en mon sein se cacher;  
Dors, cher Enfant; je suis encor ta mère!

(Para los lectores que no puedan, para desgracia suya, saborear esta tierna composición, la traduzco, tratando de que conserve toda su armonía y toda su delicadeza (N. del T.).

## EL PASEO DE EUGENIA

## HABLA EUGENIA

Duerme mi niño; con tu mano suave  
Tiernamente abrazas mi cuello,  
Tu carita se oculta en mi pecho;  
Duerme mi niño; ¡yo soy tu madre!

Tu pobre madre ¡ay! todo temor  
Por Edmundo que su amor llama;  
Por su fiel, emprendió la marcha  
Y los peligros del rey compartió.

En mi cuello desnudo pon tu manecita;  
Duerme niño mío; ¡soy tu madrecita!

Tanta desgracia sin duda huirá  
Ante el blanco vapor de mañana,  
Cuando el sol que calienta las ramas  
A calmar los dolores vendrá.

En mi cuello desnudo pon tu manecita;  
Duerme niño mío; ¡soy tu madrecita!

Si á mis dulces cuidados te dieron,  
¿Por qué, niño, tu boca inocente  
Me trae un suspiro... y ausente  
Sueño el sueño que prohibieron?

Despierta niño; con tu mano suave  
Tiernamente rodeas mi cuello,  
Tu carita se oculta en mi pecho;  
Despierta niño; ¡yo no soy tu madre!

Tu corazón tiene deseos y amor,  
Edmundo la honra, y Matilde á él;  
Pero, mis suspiros, mi anhelar aquél,  
¿Deberá tenerlos la Virgen de Dios?

Rodeas mi cuello con tu mano suave;  
Despierta ya niño; ¡yo no soy tu madre!

¿Me fué permitido el beso del niño?  
Al mecerle siento tan dulces ensueños...  
¿Acaso en la noche, con todo silencio  
El niño Jesús se me ha aparecido?

Rodeas mi cuello con tu mano suave;  
Despierta ya niño; ¡yo no soy tu madre!

Mas no; Dios no puede ser cruel.  
¿Por esta frente tan pura y tan serena,  
Acaso fuese tentada tu sierva  
Dios del niño, de Ruth y de Raquel.

Duerme mi niño; con tu mano suave  
Tiernamente rodeas mi cuello,  
En mi pecho se ocultan tus besos;  
Duerme mi niño; ¡aun soy tu madre!

En *Eugenia y Matilde*, es donde acaso esté más retratada personalmente Madama de Souza. Nunca he leído sin emoción una página que pido permiso para citar para hacerla sobresalir. Es el grito del corazón de muchísimas madres bajo el Imperio, y Madama de Souza no pudo evitar el exhalarlo. Madama de Revel, desgraciada en su vida íntima, se compadece de las madres que sólo tienen hijas, porque tan pronto como éstas se casan, por el nombre y por sus intereses quedan separadas de sus familias. Por la primera vez después del nacimiento de Matilde, siente no haber tenido un hijo: « ¡Insensata! — exclama Madama de Souza interrumpiendo sus quejas, — ¡cuántas más graves y más vivas hubieran sido sus inquietudes! ¡Pobres madres! Vuestros hijos absorben durante su infancia todos vuestros pensamientos, constituyen todo vuestro anhelo y cuando creéis obtener la recompensa de tantos años viéndolos dichosos, se os escapan. Su juventud,



sus locas pasiones les atraen y les extravían. Vosotras os sentís presas de angustias que hasta entonces os eran desconocidas.

« ¡ Pobres madres! No hay un sólo movimiento en los corazones de vuestros hijos que no haga latir los vuestros. El niño de ayer es hoy un hombre; quiere ser libre, se cree dueño de sí mismo y pretende marchar solo por el mundo. ¡ Hasta que él haya aprendido la experiencia, vuestros ojos no encontrarán el sueño al ver que no vuelven! Estaréis despiertas mucho tiempo antes que ellos y no podréis demostrar los tiernos cuidados que os inspira vuestro afecto inagotable. ¡ Cuántas mañanas encantadoras tendréis que poner en juego para ocultar vuestra vigilancia á esas cabezas jóvenes ó independientes!

« De aquí en adelante todo os intranquilizará. Buscad en la cara del hombre que ha reemplazado el hijo, si compromete su fortuna; mirad á la cara de las mujeres que le sonríen para saber si un amor falso ó desgraciado no le arrastra!

« ¡ Pobres madres! Ya no os debéis á vosotras mismas, siempre preocupadas, contestando á todo el mundo distraídas porque vuestro oído está atento á las palabras del hijo que se encuentra en el cuarto vecino... Su voz se altera... La conversación os inquieta... Acaso está con un enemigo implacable, con un amigo peligroso, en una querrela mortal. Este primer año, vosotras lo sabéis, él lo ignora, su dicha y su vida pueden depender de cada minuto, de cada paso. ¡ Pobres madres, pobres madres! ¡ ¡ vuestra existencia es un temor constante!

« ¡ Luego marcha al ejército! ¡ Dolor que no se puede pintar! Inquietud sin reposo, sin descanso... Sin embargo, si después de su primera campaña vuelve ávido de gloria y satisfecho á vuestro pacífico hogar, si todavía vuelve cariñoso para con los antiguos criados, atento y alegre para con los viejos amigos de la casa, si su mirada serena, su risa infantil, su ternura sumisa os hacen ver que siente el placer de estar á vuestro

lado... ¡ oh, madres, dichosas madres, dichosas madres!

Esto se imprimía en 1811, Bonaparte, según dicen, cuando lo leyó demostró su desagrado (1).

No diremos nada de los demás escritos de Madama de Souza, como *Mademoiselle de Tournon* y de *La Duquesa de Guisa*, no porque están faltas de gracia y de finura, sino porque la observación moral se complica con los asuntos históricos, los cuales se colocan entre el lector y el libro y justifican el efecto. *Mademoiselle de Tournon* es una aventura interesante contada en las Memorias de Margarita de Valois. El autor de *Cinco de Marzo*, sólo, ha sabido conciliar, en nuestros días (aunque imperfectamente todavía), la verdad de las pinturas de una época con la emoción de lo novelesco. Se era menos exigente en los tiempos de *La Princesa de Cleves*, y aun menos en los tiempos en que apareció *Mademoiselle de Clermont*. Si esta encantadora novela no hubiese sido hecha con fortuna, se podría intentar hoy que hemos leído en el intencionado *laberinto* de la Princesa Palatina: « La señora Duquesa tenía las tres hijas más bellas del mundo. La que se llamaba señorita de Clermont era muy guapa; pero yo creo que la Prin-

(1) Esto no le ocurría siempre. Una vez, á la vuelta de un viaje á Berlín, Madama de Souza fué á Saint-Cloud para ver á la Emperatriz Josefina. El Emperador estaba en la grada, impaciente por ir á la caza. La vista de una mujer le contrarió pensando que sin duda esto sería la causa de un retraso para la Emperatriz que él esperaba. Avanzó con el entrecejo fruncido hacia Madama de Souza y al reconocerla bruscamente le preguntó: « ¿ Venís de Berlín? ¿ Simpatizan allí con Francia? — Madama de Souza vió el gesto de esfinge temible y se dijo: si contesto sí, creerá que soy tonta, y si contesto no podrá tacharme de insolente. — Si, señor — contestó al fin; — simpatizan con Francia, como las damas de edad simpatizan con las muchachas jóvenes. » La cara del Emperador se iluminó. « ¡ Oh, muy bien, muy bien! » — exclamó dos veces como felicitándola por lo bien que había sabido escapar del lazo tendido. En cuanto á Madama de Souza, recompensada por esta sonrisa, se complace en citar esta anécdota como prueba de que á veces las frases más ingeniosas son casi siempre espontáneas, « pues — dice — esta respuesta se escapó á pesar de mi voluntad y casi estuve á punto de volverme para ver si alguien me lo había dicho al oído.

cesa de Conti era más adorable. La señora Duquesa puede beber mucho sin emborracharse; sus hijas quieren imitarla, pero muy pronto están ebrias y no saben comportarse como su madre. » ¡Oh! bienaventurada ignorancia de la historia, inocencia de los novelistas primitivos, ¿donde estás?

Los que han tenido el honor de conocer á Madama de Souza encuentran en ella todas esas conveniencias supremas que tan bien pintó; nunca se hallan en sus libros palabras inútiles y que, como desgraciadamente ocurre hoy, se ensayan al azar; un trozo de expresión neto y definido, un acomodamiento del pensamiento ingenioso y sencillo, un trazo sin pretensiones, algo de lo que fué el carácter distintivo del siglo XVIII desde Fontenelle hasta el abate Morellet; pero con un rincón sentimental que sólo es peculiar á las mujeres. Moralista en los repliegues del corazón, cree poco en el gran progreso de hoy, y sería severa con muchos jóvenes aturdidos, si su amable indulgencia la permitiese ser severa. El autor de *Eugenio de Rothelin* es poco amigo, y se concibe, de los tiempos de agitación ni de las disputas violentas. Un amigo que la interrogaba, en 1814, sobre el estado real de Francia juzgaba de otra manera que como lo hicieron los periódicos, obtuvo esta respuesta: que el estado de Francia parecía al de un libro abierto por en medio, que los conservadores leían de izquierda á derecha teniendo prisa por llegar al fin, pero que nadie leía en la página justa. » La mariscal de Estouteville, ¿podría decir otra cosa hoy? En una obra bastante reciente se le atribuyó un epígrafe de un estilo injurioso, y Madama de Souza escribió un modelo de rectificación en lo que se reconoce todo su carácter. « M\*\*\* (*Janin*) ha sido inducido al error, esa palabra fué atribuida á un hombre de letras que aunque ha muerto ha mucho tiempo, no me permitiré nombrar. Cuanto á mí, nunca he escrito ni de dicho una sentencia injusta para todos los siglos y que tan lejos está de la buena educación de una mujer que debe respetarse. » El atildamiento escrupuloso de Madama de Souza se

asusta ante la idea de que puedan achacarle una indecencia de lenguaje.

Marzo 1834.

Madama de Souza murió en París el 16 de Abril de 1836, conservando hasta el último momento toda la lucidez de su ingenio y la indulgencia de su sonrisa. En un volumen (*Lettres de Sismondi, de Bonstetten, de Madama de Stael*, etc. se encuentran varias cartas de Madama de Souza dirigidas á la condesa de Albany.